

EL CRECIMIENTO A LARGO PLAZO, LA HISTORIA ECONÓMICA Y EL LEGADO DE ADAM SMITH



Leandro Prados de la Escosura

Universidad Carlos III de Madrid

¿Qué origina el crecimiento económico, su aceleración o su declive?, es una preocupación secular compartida por economistas e historiadores, que se encuentra ya en William Petty y Gregory King, aunque fuera Adam Smith quien la expuso de manera sistemática (Maddison, 2003: 15-7). En efecto, el crecimiento, entendido en términos de producto por persona, era para Smith el motivo central de la economía política. En este ensayo se examina la vigencia de las ideas de Smith en el balance que ofrece de las causas del crecimiento económico la moderna historia económica, tras su reconciliación con la economía.

1. LA TORTUOSA RELACIÓN ENTRE LA ECONOMÍA Y LA HISTORIA ECONÓMICA

En sus orígenes, la historia económica constituía una rama de la ciencia económica e integraba las instituciones en la explicación del cambio económico (Hartwell, 1973: 40). Sin embargo, el rechazo del método deductivo por las escuelas históricas alemanas (y británica) que prefirieron el método inductivo, cuya fuente de conocimiento era la Historia, derivó en la ruptura entre historiadores y economistas, que se consolidaría en la primera mitad del siglo XX con el rechazo tajante de la validez de los principios neoclásicos para el estudio del pasado. Mientras tanto, los miembros de la escuela neoclásica se alejarían del enfoque histórico-institucional, con la excepción de Alfred Marshall (1920: 602), quien apunta:

Aunque las causas inmediatas de los principales acontecimientos de la historia se encuentran en las acciones de los individuos, sin embargo, la mayoría de las con-

diciones que han hecho posible estos acontecimientos derivan de la influencia de instituciones heredadas.

La expansión internacional iniciada tras la Segunda Guerra Mundial renovó el interés de los economistas por el desarrollo al tiempo que estimulaba a los historiadores económicos a considerar las experiencias de crecimiento del pasado.

La preocupación por el mismo tipo de problemas no condujo, sin embargo, a una reunificación automática de la teoría económica con la historia. Para el economista, la ignorancia de la historia económica representaba un reducido coste de oportunidad a causa de su escasa calidad (McCloskey, 1981). Para el historiador económico, la formulación neoclásica soslayaba las cuestiones de mayor interés. El universo neoclásico de los años cincuenta carece de fricciones, no existen instituciones y todo cambio sucede en mercados que operan de manera perfecta. En resumidas cuentas, los costes de adquirir información, la incertidumbre y los costes de transacción no existen (North, 1981: 3).

En las últimas décadas, no obstante, el redescubrimiento por los economistas de los derechos de propiedad y el cambio institucional, la demografía y la educación han conducido a una paulatina convergencia con los historiadores económicos. Las instituciones, concuerdan los modernos historiadores económicos, establecen los incentivos que condicionan el comportamiento económico y, junto a la tecnología, determinan los costes de transacción y de producción y, en definitiva, la viabilidad y rentabilidad de la actividad económica. La reconciliación está, pues, en marcha y la historia vuelve a importar para el economista.

2. LA VISIÓN DEL CRECIMIENTO EN ADAM SMITH

Los modernos economistas historiadores denominan crecimiento *smithiano* a aquel basado en la división del trabajo y en la especialización, en tanto asocian a Schumpeter el crecimiento asentado sobre el cambio tecnológico (Mokyr, 1990; Lal, 1999). Historiadores económicos y economistas del largo plazo coinciden, sin embargo, en situar lo que Kuznets (1966: 1) calificó de *moderno crecimiento económico*, esto es, un incremento sostenido del producto *per capita* o por trabajador, muy a menudo acompañado por un aumento de la población y habitualmente de profundos cambios estructurales, en los últimos doscientos años de historia. Por ello, cuando examinamos la evidencia, en buena medida conjetural, de progreso material que nos proporciona Maddison (2001, 2003) para los siglos anteriores a la Revolución Industrial y trata-

mos de encontrar sus raíces se hace preciso regresar al concepto de crecimiento económico que tenía Adam Smith.

En la tradición académica británica, el método seguido por Smith fue, en buena medida, comparativo e histórico. Pese al carácter básicamente deductivo de su razonamiento, Smith acompañó sus argumentos con ilustraciones históricas y estadísticas hasta el punto de poderse calificar su método de histórico (Hartwell, 1973: 29).

Para Adam Smith el libre comercio es un ingrediente fundamental del crecimiento, pues estimula la división del trabajo y da salida al excedente (Myint, 1977). La experiencia histórica así lo sugería:

El comercio y las manufacturas introdujeron gradualmente el orden y buen gobierno y, con ellos, la libertad y la seguridad de los individuos, entre los habitantes del país, quienes hasta entonces habían vivido en un estado casi constante de guerra con sus vecinos y de servil dependencia de sus superiores. Éste, si bien ha sido el menos advertido, es, con diferencia, el más importante de todos sus efectos (Smith, 1776, III, cap. 4).

En Smith los condicionamientos institucionales reciben una atención singular. Sin seguridad de la propiedad, no tendría lugar «la acumulación de capital, que sostenía a la división del trabajo, que a su vez incrementaba ... la productividad» (O'Brien, 1990: 287). La falta de seguridad en la propiedad acelera la llegada del estado estacionario. Como ya anticipara en sus *Lectures* (1755):

poco se precisa para conducir a un estado a la mayor opulencia desde la barbarie más baja, sino paz, impuestos moderados y una tolerable administración de justicia; todo lo demás lo proporcionará el curso natural de las cosas.

3. EL CRECIMIENTO A LARGO PLAZO: EVIDENCIA HISTÓRICA

¿Por qué crecen las naciones y mejoran las condiciones de vida de sus habitantes?, ¿Qué originó la Revolución Industrial?, ¿Cómo se explica que Europa se transformase en pocos siglos mientras que en el resto del planeta imperaba el orden tradicional?, son interrogantes recurrentes de los historiadores económicos. En el resto del ensayo trataré de mostrar cuáles son las explicaciones que ofrece la moderna historia económica y en qué medida confirman las ideas expresadas por Adam Smith.

Angus Maddison (2003) ha mostrado que entre el final de las guerras napoleónicas y el comienzo del siglo XXI, los países occidentales avanzados (Eu-

ropa occidental y las regiones de población europea, es decir, lo que constituye el grueso de la actual OCDE) han incrementado su producción de bienes y servicios 96 veces y su población se ha multiplicado por cinco, lo que representa que en 2001 el producto real por habitante es alrededor de 19 veces superior al de hace dos siglos, en tanto el número de horas trabajadas se ha reducido a la mitad y la esperanza de vida se ha doblado [Maddison (2001)]. Si utilizamos, alternativamente, tasas de variación anual, el producto por habitante habría crecido al 1,6 por 100, la población al 0,9 por 100 y el producto total al 2,5 por 100. Para el economista *ahistórico*, estas tasas pueden parecer escasamente impresionantes si las comparamos con el crecimiento del PIB por habitante alcanzado en el mismo grupo de países, 3,3 por 100, entre 1950 y 1973. Estos años fueron, sin embargo, excepcionales en la historia de la sociedad contemporánea (o capitalista), mientras que, por el contrario, el ritmo de crecimiento experimentado desde 1973 hasta el presente (1,8 por 100) se aproxima más a la tendencia histórica de los dos últimos siglos. Pese a que la información disponible es, en gran medida, resultado de conjeturas, puede aventurarse que, con anterioridad a la postguerra napoleónica, la tendencia de crecimiento a largo plazo era francamente inferior y si, a modo de ejemplo de sociedad avanzada, consideramos el caso de Gran Bretaña, la tasa anual que obtendríamos para el producto por habitante entre la Gloriosa Revolución (1688) y la paz de Viena (1815) no debió alcanzar el 0,3 por 100 (lo que supone que la renta *per capita* sólo se incrementó en un 35 por 100 en más de un siglo), mientras la población crecería al 0,4 por 100. Más difícil aún resulta retroceder dos siglos y conocer cuál fue el ritmo de expansión entre 1492 y 1688. Si se acepta la propuesta de Maddison de una tasa anual de 0,2 por 100 para el producto por persona, ello implicaría un incremento del 50 por 100 en el espacio de dos siglos.

¿Qué sentido tienen estas conjeturas?. Si proyectamos hacia atrás los niveles de producto por persona actuales (estimados en términos de poder adquisitivo) con las tasas de crecimiento anual indicadas, hallaremos que la renta *per capita* de Gran Bretaña en 1688 era, *grosso modo*, ligeramente superior a la de Bangladesh o Nigeria hoy en día, mientras que, hacia 1492, los ingleses obtenían un ingreso por persona superior al de Etiopía o Zambia y no muy lejano del de Angola en la actualidad (Maddison, 2003). Estos cálculos, por dudosos que se juzguen (incurren en el problema habitual de los números índices), han llevado a los historiadores a rechazar que la tasa de crecimiento tendencial del PIB por habitante alcanzara el 0,2 por 100 anual antes de 1500, pues implicarían niveles de vida inferiores a los que puede soportar, en términos de consumo calórico, el ser humano. Por ello ha existido acuerdo acerca de un crecimiento nulo del producto por habitante en el largo plazo, que no excluye, naturalmente, la posibilidad de fases de crecimiento reversible, donde tras un

aumento sostenido de la cantidad de bienes y servicios por persona se sucediese un declive hasta retornar al nivel inicial, es decir, la representación más adecuada del mundo premoderno sería el modelo *malthusiano*, con una relación inversa entre variaciones en la población y en los niveles materiales de vida. Ello significa que no se trataba de sociedades homeostáticas, pues es perceptible el crecimiento de la población. Así, cuando los historiadores hacen una utilización heurística del concepto de función de producción para explicar las causas «inmediatas» del crecimiento anterior a 1700 sugieren que la inversión conducía a un aumento del acervo de capital necesario para sostener la dotación por trabajador, mientras el capital fijo por persona crecía muy lentamente, la formación de capital humano era insignificante y las variaciones en la dotación de factores constituían el elemento crucial tras el crecimiento del producto, en tanto el aumento de la eficiencia en el uso de los factores (las mejoras organizativas y técnicas) desempeñaba un papel muy secundario (Komlos, 1989).

Sólo recientemente la idea de crecimiento nulo del producto por persona en la Europa premoderna ha sido cuestionada. Snooks (1990), en un audaz estudio del *Domesday Book*, sugiere que entre finales del siglo XI (1086) y la Gloriosa Revolución (1689) el producto por persona en Inglaterra experimentó un crecimiento similar al que tuvo lugar entre 1689 y 1815. Dicha conclusión no se encuentra muy alejada de la que Clark (2001) obtiene tomando el siglo XIII como punto de partida. Snooks lleva a cabo una distinción entre el consumo de bienes perecederos, para los que existe un límite de subsistencia fisiológica, y los servicios de bienes duraderos. A lo largo de los seis siglos considerados, el cambio habría consistido en el mayor consumo de servicios derivado de las mejoras en el entorno físico como vivienda, servicios urbanos, de transporte, comunicación y almacenamiento, que contribuyeron a reducir el aislamiento, así como el impacto de los desastres naturales. Por tanto, la mejora de infraestructura representaría un factor crucial en el incremento del producto por persona anterior a 1700. En una revisión menos drástica, Allen (2001) postula una transformación análoga a partir del siglo XV en la Europa noroccidental.

4. LAS CAUSAS ÚLTIMAS DEL CRECIMIENTO

Del análisis habitual de las causas «inmediatas» del crecimiento, mediante la utilización heurística de la función de producción, resultan, por interesantes que puedan parecer al economista, explicaciones insuficientes para el historiador que desea conocer su razón última. Averiguar cuándo se inicia el crecimiento y describir sus mecanismos constituye, pues, tan sólo un primer paso para el historiador económico en su ambición de desvelar qué determina el pro-

greso material. Por qué se inicia el crecimiento económico y por qué tuvo lugar, por vez primera, en Europa constituyen aún los grandes interrogantes.

Dos grandes revoluciones aparecen en la historia económica (Cipolla, 1978). La primera revolución económica coincide con la transición de la caza y la recolección a la ganadería y la agricultura, con el paso del nomadismo al sedentarismo. La transición ocurrió, para North (1981), como resultado de una presión demográfica persistente que produjo cambios en la escasez relativa de los recursos explotados por el hombre prehistórico. En respuesta a esta situación, los miembros de las hordas comenzaron a excluir a los extraños del acceso a los recursos y, en este proceso, se hicieron sedentarios. El establecimiento de derechos comunales exclusivos elevó la rentabilidad de los intentos de elevar la productividad de los recursos. Sólo algunos grupos lograron realizar la transición con éxito. A partir de estos inicios comienza el desarrollo de la civilización de los diez mil últimos años.

Sin embargo, la primera revolución económica no constituyó un cambio revolucionario a causa del cambio de actividad, de la caza y la recolección a la agricultura; lo fue porque la transición creó un cambio de incentivos de proporciones fundamentales para la humanidad. Éstos se derivan de derechos de propiedad muy diferentes bajo cada sistema. Cuando existen derechos de propiedad comunes sobre los recursos, no hay incentivos para el aprendizaje o la obtención de tecnología superior. Por el contrario, los derechos de propiedad exclusivos que retribuyen a sus propietarios proporcionan un incentivo directo para la mejora de la eficiencia y la productividad, o, en otros términos, para adquirir más conocimientos y nuevas técnicas. Es este cambio en los incentivos lo que explica el rápido progreso realizado por la humanidad en los últimos diez mil años en comparación con su lento desarrollo durante la larga etapa de caza y recolección primitiva.

Tras la primera revolución económica y durante un largo período de unos ocho mil años el crecimiento de la población fue el elemento subyacente tras los cambios ocurridos. La expansión de la oferta de alimentos de una agricultura sedentaria condujo a un aumento de la tasa de crecimiento demográfico (y probablemente dio lugar a crisis periódicas dada la concentración de la población y la mayor facilidad para la difusión de enfermedades). Esta expansión poblacional tuvo como resultado la migración y la colonización, por una parte, y el desarrollo de derechos de propiedad individuales exclusivos, por otra. Naturalmente, la disponibilidad de tierra de calidad determinaría que éstos fuesen rentables. El crecimiento demográfico constituiría una fuente de conflicto, inestabilidad política y declive, pero condujo también a que las sociedades crearan nuevas formas de organización político-económicas que promovieron el aumento de la productividad y resultaron en períodos de crecimiento sostenido

(Boserup, 1981). En este sentido, es plausible suponer que, en determinadas épocas, el producto creciera más que la población y, por consiguiente, mejorase la renta *per capita*. La distribución de la renta y de la riqueza se hizo más desigual en comparación con la de la aldea neolítica. Las mejoras en la organización institucional, por su parte, condujeron a una reducción en los costes de transacción, a una creciente especialización regional, y ampliaron los mercados. La seguridad creciente de los derechos de propiedad en períodos de paz permitió, por ejemplo, la creación de un mercado mediterráneo en los quinientos años antes de Cristo. Además de las ganancias de productividad asociadas a las mejoras en la organización económica, un inmenso cambio tecnológico tuvo lugar durante estos ocho milenios (el paso del bronce al hierro; el desarrollo de la escritura y de la ingeniería).

La segunda revolución económica: la Revolución Industrial, llevó consigo un cambio dramático y fundamental en la actitud vital de los seres humanos y les condujo a diferenciar entre ocio y trabajo, intensificando el esfuerzo, lo que abriría posibilidades de bienestar jamás conocidos. Voth (2001) ha mostrado la gradual distinción entre trabajo y ocio, en la que el primero ganaría terreno a lo largo del siglo XVIII en Inglaterra. La explicación reside en la etapa precedente, la denominada «revolución industriosa» que ofrecería nuevas posibilidades de consumo a una creciente población rural y urbana y aumentaba, por tanto, el coste de oportunidad del ocio (de Vries, 1994). Dicha «revolución industriosa» se asentaba sobre una industria artesanal y estableció el círculo virtuoso en el que los nuevos productos, entre ellos las *new draperies*, recibían como respuesta de los agricultores una intensificación de la producción y un aumento de la productividad agraria (Allen, 2004). De este modo se incrementaba el uso del mercado.

Uno de los rasgos que marcan los inicios del progreso económico en la época moderna fue el surgimiento de crecientes diferencias regionales y nacionales. La razón de ritmos de crecimiento diferentes entre los estados-naciones reside en los derechos de propiedad. En los países con éxito como Holanda e Inglaterra (Allen, 2004), el sistema de derechos de propiedad proporcionó incentivos para un uso más eficiente de los factores y para canalizar recursos hacia actividades innovadoras (North, 1981). En España y Francia, por el contrario, la necesidad de incrementar los ingresos fiscales llevó a ambos Estados al arrendamiento de los derechos de propiedad (Bonney, 2004). El resultado fue reducir la eficiencia económica. En el mundo mercantilista anterior a la Revolución Industrial, donde el poder político y militar estaba asociado con el progreso económico, los grupos de presión restringieron, tanto en Francia como en España, la capacidad de financiar las guerras al obstruir las reformas que pudieran haber aumentado la eficiencia del sistema fiscal. En Inglaterra, por el

contrario, fueron eliminados los privilegios y las exenciones fiscales, al tiempo que se introducía un sistema fiscal universal. Ello permitió elevar paulatinamente la capacidad fiscal británica a lo largo del siglo XVIII mientras que, en el caso francés, no fue posible aumentar la presión fiscal y, como consecuencia, Francia jamás logró movilizar recursos financieros suficientes para derrotar a Gran Bretaña durante la segunda Guerra de los Cien Años (Mathias y O'Brien, 1976; White, 2001).

Acemoglu, Johnson y Robinson (2002) señalan al comercio y el colonialismo como la clave del comportamiento diferencial entre los países atlánticos y el resto de Europa occidental. El comercio atlántico afectó el crecimiento europeo al inducir grandes cambios institucionales. Nuevos grupos mercantiles adquirieron mayor protagonismo y marcaron la pauta del cambio en las instituciones políticas. Dichos grupos fomentaron el comercio y la producción para el mercado y facilitaron la aparición de nuevas formas de organización y nuevas tecnologías. Los cambios institucionales fueron más profundos y el crecimiento económico más intenso en sociedades cuyas instituciones no eran absolutistas. Una economía monetaria bien asentada y un sistema financiero complejo, junto al imperio de la ley y la confianza en la instituciones, precedieron en Inglaterra a la industrialización acelerada de finales del siglo XVIII.

Además, la expansión ultramarina proporcionó a Inglaterra productos primarios, y la capacidad de importar bienes intensivos en recursos naturales ayudó a relajar la restricción que su escasez suponía en las regiones de Asia, constituyendo un elemento distintivo de la industrialización británica. Pomeranz (2000) ha aducido que la dotación de recursos naturales, incluidos los depósitos de carbón en Inglaterra y las extensas tierras de ultramar, más el gasto de defensa, que facilitó el poderío naval y militar, son elementos cruciales del éxito británico. MacLeod (2004) añade que la abundancia de carbón fue fortuita. La evidencia histórica sugiere, sin embargo, que el carbón representó un elemento endógeno, y no exógeno, pues otras regiones del mundo (incluidas la India, China y Europa oriental) también poseían depósitos de combustible, mientras únicamente en Gran Bretaña explotaron esta fuente de energía intensiva y sistemáticamente. Como en los EE. UU. durante el siglo XIX (David y Wright, 1997), la explotación de los recursos naturales fue un fenómeno resultante del propio progreso británico.

La Revolución Industrial habría sido, en síntesis, una aceleración en la tasa de innovación cuyos orígenes arrancan mucho antes de mediados del siglo XVIII (North, 1981). La mejor especificación de los derechos de propiedad condujo a un funcionamiento más eficiente de los mercados de productos y factores. El aumento resultante en el tamaño del mercado, derivado de la eliminación de las

restricciones de la Corona y las instituciones medievales, indujo a una mayor especialización y división del trabajo, lo que incrementó los costes de transacción (North y Weingast, 1989). Fueron precisos cambios organizativos, pues, para reducir estos costes de transacción que tuvieron como consecuencia la reducción drástica del coste de innovar, mientras que el creciente tamaño del mercado y los derechos de propiedad sobre las invenciones, ahora mejor definidos, elevaban la tasa de retorno de innovar. La Revolución Industrial fue así un subproducto de cambios políticos derivados de la Gloriosa Revolución (Tullock, 1988). Una combinación de la drástica disminución en el número de monopolios y prácticas restrictivas junto al hecho de que los miembros más capaces y agresivos de la sociedad abandonaran la búsqueda de rentas para dedicarse a actividades productivas constituirían sus causas principales y explicaría, además, que ocurriera en Inglaterra.

A la visión que ofrecen los historiadores institucionalistas de las causas de la Revolución Industrial se opone la de aquellos que reivindican el papel del mercantilismo. Surge así la imagen de Gran Bretaña durante el «largo siglo XVIII» como un Estado militar-fiscal que logró desarrollar instituciones fiscales, monetarias y financieras estables. Esta interpretación asocia al Estado mercantilista con la industrialización, al menos en lo tocante a la provisión de bienes públicos y a la promoción de instituciones eficientes. Allen (2004), por ejemplo, subraya que un elemento clave del temprano éxito británico fue el eficaz estado mercantilista británico que derrotó a los poderes rivales y conquistó un imperio mundial para el beneficio de su industria y comercio. Engerman (2004) apunta, a su vez, que la iniciativa privada, respaldada por un gobierno fuerte que hacía cumplir los derechos de propiedad y recurría al poder militar y naval para proteger al comercio y el transporte marítimos, habría conducido a Gran Bretaña a la victoria en la lucha mercantilista por la hegemonía económica y geopolítica.

Esta discusión responde tan sólo parcialmente a la cuestión de por qué, en vísperas de la Revolución Industrial, era Europa la región más desarrollada del mundo. A ella ha intentado responder Eric Jones. Los rasgos peculiares de localización y dotación de recursos de Europa poseen una importancia nada desdeñable. En Europa una menor productividad agraria que en Oriente y una mayor dispersión de las tierras de calidad superior condujeron a una población menos densa y ello contribuyó a evitar el centralismo político. Las áreas más fértiles se constituyeron en el centro de unidades políticas de éxito que, en algunos casos, derivaron en los modernos estados-naciones. La estructura topográfica del continente coadyuvó a establecer fronteras entre los centros de poder. Por otra parte, el menor impacto de los desastres naturales y la más débil presión demográfica contribuyeron a que el producto por habitante fuese supe-

rior en Europa al resto del mundo. Mediante el retraso del matrimonio fue posible lograr una reducción de la fecundidad. El tamaño algo menor de la familia debido a los matrimonios tardíos hizo posible una inversión mayor por individuo en capital físico y humano. La no maximización del número de habitantes permitió que una proporción mayor de tierra fuese destinada a la obtención de bienes de producción que en otras zonas del planeta. La acumulación de capital fue favorecida por el menor impacto de los desastres naturales que, en cualquier caso, estuvieron sesgados hacia la destrucción del factor trabajo (pestes). Así, las innovaciones tecnológicas tempranas fueron intensivas en capital y no en trabajo. La situación geográfica de Europa resultó en ventajas adicionales: alejada de los nómadas de las estepas de Asia Central, pero próxima a la cultura islámica (que la proveía de técnicas importadas de India y China), estaba situada a orillas del Atlántico, lo que le permitió acceso fácil a los recursos abundantes de América y ensanchar sus mercados. Ello hizo posible que expandiera su base de recursos en modo desconocido hasta entonces.

Estos rasgos no explican por sí solos, naturalmente, el milagro europeo, como lo denomina Jones. La sociedad europea contó siempre con individuos capaces cuyo talento creativo fue orientado productivamente. En otras zonas de Eurasia, los sistemas militares despóticos, basados en la extracción de rentas fiscales, característicos de los sistemas político-económicos de Oriente Medio (imperio otomano), la India mogol y China (imperios Ming y Manchu) causaron la postración de sus pueblos entre los siglos XVI y XVIII. La violencia de las invasiones de hordas de origen turco o mongol entre los siglos XI y XVI no había afectado, además, a Europa occidental. El orden impuesto por el conquistador militar pudiera haber dado lugar a incrementos iniciales de productividad en los sistemas asiáticos, pero cualquier calamidad o gobernante débil podía desencadenar una intensa competencia entre la elite por los recursos, opresión y subsiguiente caída de la inversión. Además, la paz significaba un incremento demográfico más allá de la capacidad de los recursos para mantener los niveles iniciales de producto por persona. Estos sistemas, pues, resultaban incapaces de generar un incremento sostenido en la renta real o de crear la infraestructura necesaria para el desarrollo. Las instituciones despóticas asiáticas, en definitiva, suprimieron la creatividad o la desviaron hacia la producción de artículos de lujo.

¿Cómo escaparon los europeos de la explotación por sus propios gobernantes, y cómo lograron reducir el riesgo y los desincentivos para la inversión?, son cuestiones que requieren una respuesta. Una explicación apuntada por Jones es que los gobernantes de los relativamente pequeños estados europeos aprendieron las ventajas de proporcionar servicios de orden y justicia. El medio ambiente también tuvo un papel en esta evolución, pues de haber sido

mayor el tamaño de los estados, las prestaciones de los monarcas en compensación por los impuestos recabados habrían sido inferiores. En realidad, los reyes europeos no fueron nunca tan absolutos como habrían deseado. La dispersión del poder entre los grandes propietarios, así como el ascendente poder del mercado que, por razones fiscales, ellos habían animado, constituyeron un freno al absolutismo. Desatesorar e invertir productivamente estuvo menos penalizado que en otras regiones del planeta. El mercado se expandió bajo el ímpetu de su propia especialización regional. El desarrollo a largo plazo se convirtió, para los europeos, en condición normal de su existencia. Para Jones, el crecimiento en el muy largo plazo fue menos el resultado de una conjunción de fuerzas favorecedoras del crecimiento que la eliminación de los obstáculos que lo dificultaban. Lo más importante resultó ser la desaparición paulatina de la violencia y el riesgo, de la arbitrariedad, de modo que los empresarios no sólo maximizaran sus beneficios sino que, además, los retuvieran. A medida que los tipos de interés cayeron, la elección entre inversiones alternativas dejaron de suponer que era preciso escoger siempre la menos arriesgada. En Europa, la producción se individualizó mientras los servicios fueron colectivizándose y ello confirió eficiencia y estabilidad a la sociedad. En los inicios de la industrialización, la seguridad lograda por los europeos en su existencia, propiedad e inversión no implicaba, sin embargo, seguridad en el empleo, la renta y la salud.

5. REFLEXIÓN FINAL

¿Altera la visión de los historiadores sumariamente expuesta en los párrafos anteriores la percepción expresada por Smith acerca de las causas de la riqueza de las naciones? La respuesta tiende a ser negativa. De esta breve incursión en los hallazgos de la moderna historia económica se deduce que, en la mayoría de las situaciones históricas, el verdadero obstáculo al desarrollo de los países resulta ser un marco institucional que canaliza el deseo de aumentar la renta y la riqueza de algunos individuos en la sociedad hacia la búsqueda de rentas en lugar de a la innovación productiva. Por otra parte, un marco de competencia presidió el crecimiento y la industrialización como revela la fragmentación política, social e ideológica de Europa. Puede concluirse, pues, que el acervo creciente de información laboriosamente compilada y analizada con creciente rigor económico por los historiadores económicos no nos aleja de las enseñanzas de Adam Smith. Así, a comienzos del siglo XXI, aún poseen vigencia las palabras que, en vísperas de la Revolución Francesa, escribiera un admirador del escocés, Valentín de Foronda:

los derechos de propiedad, libertad y seguridad son los tres manantiales de la felicidad de todos los estados... Estos tres principios son en toda clase de gobiernos lo que las palancas en la mecánica o lo que las leyes de la atracción descubiertas por el gran Newton en astronomía.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEMOGLU, D., JOHNSON, S. y ROBINSON J. A. (2002): «The Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change and Economic Growth», *NBER Working Paper 9378*.
- ALLEN, R. C. (2001): «The Great Divergence: Wages and Prices in Europe From the Middle Ages to the First World War», *Explorations in Economic History* 38, 4: 411-47.
- (2004): «Britain's Economic Ascendancy in a European Context», en L. Prados de la Escosura, ed. (2004), *Exceptionalism and Industrialization: Britain and its Rivals, 1688-1815*, Cambridge: Cambridge University Press, págs. 15-34.
- BONNEY, R. (2004): «Towards the Comparative Fiscal History of Britain and France during the "Long" Eighteenth Century», en L. Prados de la Escosura, ed. (2004), *Exceptionalism and Industrialization: Britain and its Rivals, 1688-1815*, Cambridge: Cambridge University Press, págs. 191-215.
- BOSERUP, E. (1981): *Population and Technological Change*, Chicago: University of Chicago Press.
- CIPOLLA, C. (1978): *The Economic History of the World Population*, Londres: Penguin Books.
- CLARK, G. (1987): «Why Isn't the Whole World Developed? Lessons from the Cotton Mills», *Journal of Economic History* 47, 1: 141-74
- (2001): «The Secret History of the Industrial Revolution», University of California, Davis (manuscrito).
- DAVID, P. A. y G. WRIGHT (1997): «Increasing Returns and the Genesis of American Resource Abundance», *Industrial and Corporate Change*, 6, 2: 203-45.
- ENGERMAN, S. L. (2004): «Institutional Change and British Supremacy, 1650-1850: Some Reflections», en L. Prados de la Escosura, ed. (2004), *Exceptionalism and Industrialization: Britain and its Rivals, 1688-1815*, Cambridge: Cambridge University Press, págs. 261-82.
- FORONDA, V. de (1789): *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política y sobre las Leyes criminales*, 2 vols. Madrid: Imprenta de Manuel González.
- HARTWELL, R. M. (1973): «Good Old Economic History», *Journal of Economic History* 23, 1: 28-39.
- JONES, E. L. (2003): *The European Miracle*, 3.^a edición, Cambridge: Cambridge University Press.
- KOMLOS, J. (1989): «Thinking about the Industrial Revolution», *Journal of European Economic History* 18: 191-206.
- KUZNETS, S. (1966): *Modern Economic Growth. Rate, Structure and Spread*, New Haven: Yale University Press.
- LAL, D. (1998): *Unintended Consequences. The Impact of Factor Endowments, Culture, and Politics on Long-Run Economic Performance*, Cambridge, MA: The M.I.T. Press.
- LANDES, D. (1998): *The Wealth and Poverty of Nations*, Nueva York: Norton.
- MACLEOD, Ch. (2004): «The European Origins of British Technological Predominance», en L. Prados de la Escosura, ed. (2004), *Exceptionalism and Industrialization: Britain and its Rivals, 1688-1815*, Cambridge: Cambridge University Press, págs. 111-26.

- MADDISON, A. (2001): *The World Economy: A Millennial Perspective*, París: OECD Development Centre Studies.
- (2003): *The World Economy: Historical Statistics*, París: OECD Development Centre Studies.
- MARSHALL, A. (1920): *Principles of Economics*, 8.ª edición, Londres: Mcmillan.
- MATHIAS, P. y P. K. O'BRIEN (1976): «Taxation in England and France, 1715–1810», *Journal of European Economic History*, 5: 601–50.
- MOKYR, J. (1990): *The Lever of Riches : Technological Creativity and Economic Progress*, Oxford: Oxford University Press.
- MCCLOSKEY, D. N. (1981): *Enterprise and Trade in Victorian Britain*, Londres: George Allen and Unwin.
- MYINT, H. (1977): «Adam Smith's Theory of International Trade in the Perspective of Economic Development», *Economica* 44, 175: 231–48.
- NORTH, D. C. (1981): *Economic Structure and Change in Economic History*, New York: Norton.
- y B. R. WEINGAST (1989): «Constitutions and Commitment: The Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth-Century England», *Journal of Economic History* 49, 4: 803–32.
- O'BRIEN, P. (1975): *The Classical Economists*, Oxford: Oxford University Press.
- POMERANZ, K. (2000): *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- SMITH, A. (1776): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford: Clarendon Press, 1976.
- SNOOKS, G. D. (1990): «Economic Growth during the Last Millenium: A Quantitative Perspective for the Industrial Revolution», Working Paper 140, Australian National University.
- TULLOCK, G. (1988): «Why the Industrial Revolution Occurred in England?», en C. K. Rowley, R. D. Tollison y G. Tullock, eds., *The Political Economy of Rent-Seeking*, Boston: Kluwer, 409–19.
- VRIES, J. de (1994): «The Industrial Revolution and the Industrious Revolution», *Journal of Economic History* 54: 249–70.
- VOTH, H.-J. (2001): *Time and Work in England, 1750-1830*, Oxford: Clarendon Press.
- WHITE, E. N. (2001): «France and the failure to modernize macroeconomic institutions», in Bordo, M. D. y R. Cortés-Conde (eds.), *Transferring Wealth and Power from the Old to the New World. Monetary and Fiscal Institutions in the 17th through the 19th Centuries*, Cambridge: Cambridge University Press. págs. 59-99.